

JOHN BRUNNER

ECLIPSE
TOTAL



En el año 2020 un grupo internacional de investigadores espaciales llega a Sigma Draconis, distante diecinueve años luz de la Tierra. Allí descubre las ruinas de una civilización sumamente avanzada que desapareció luego de tres mil años de existencia. Encara entonces la insuperable tarea de descubrir las causas de su desaparición. ¿Una guerra? ¿Un virus? ¿Una religión de brutalidad lunática? ¿Una mutación?

Con ese raro don para la ciencia ficción que distingue a autores como Clarke, y a obras como *2001*, John Brunner, ganador del premio Hugo, y del premio Apollo, escribe esta cautivante historia en la que arma un rompecabezas cerebral, acentuando el misterio con ideas suficientemente extrañas para los neófitos, y suficientemente familiares para los entendidos.

O dark, dark, dark amid the blaze of noon,
Irrecoverably dark, total eclipse
Without all hope of day!

* * *

(¡Oh noche, noche oscura a pleno mediodía
Oscuridad definitiva, eclipse total
Sin esperanza alguna de que vuelva el día!)

Milton, Samson Agonistes

1

... *allí está!*

Brillante como una burbuja de mercurio, reflejaba la luz de la luna del planeta: una joya entre las ruinas. Desde esa distancia, de miles de kilómetros, parecía minúsculo. No se podían descubrir los detalles que se veían en las fotografías que todos habían estudiado en la Tierra, el hogar común.

Sin embargo, verlo en la realidad era muy distinto a observarlo en una placa. Había sido una buena idea marcar el rumbo de la *Stellaris* entre la salida del espacio-qua hasta la llegada a Sigma Draconis III en forma tal que en estos pocos minutos la luz de la estrella local iluminara este increíble artefacto, despertando en las mentes de los que llegaban por primera vez un eco de la sorpresa experimentada por los exploradores que descubrieron el planeta allá por el 2020. Ciertamente que había sido un hallazgo importante, puesto que de otro modo hubiera sido el último intento humano de visitar las estrellas, luego de los fracasos para llegar a Próxima, Epsilon Eridani y Tau Ceti. Si no se hubiera encontrado nada aquí no se habría seguido explorando las estrellas, por lo menos hasta un futuro muy lejano.

Pero, claro, ¿se había hallado esto...! Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ian Macauley. Un mechón de su descuidado cabello rojizo cayó, rozándole la frente llena de pecas, y con un brusco ademán de la mano, fue apartado una vez más.

Contra su voluntad, o mejor dicho, sin intención consciente, se vio a sí mismo recitando mentalmente las frías estadísticas.

Diámetro treinta y seis coma cero cinco kilómetros. Altura promedio de la muralla uno coma uno nueve kilómetros. Espesor del espejo...

Con un esfuerzo dejó de recitar las cifras, demasiado inflexibles y duras, y comenzó a pensar en palabras, en las que creía mucho más.

Ellos, no importa quiénes ni cómo fueran, llegaron hasta su luna, alisaron, redondearon y pulieron un enorme cráter y lo convirtieron en el más grande telescopio que se pudiera imaginar. Y ahora están muertos. Han estado muertos desde hace cien mil años. La primera huella que podemos encontrar de su existencia es sólo tres mil años anterior a su desaparición. Tal como si el peso de esos mil siglos hubiera comprimido toda su historia, o aun más, su evolución entera, en una capa no más espesa que una pequeña veta de carbón, memoria del surgimiento, apogeo y caída de un millón de árboles.

A pesar de lo cual, si lo desearan, estos recién llegados, estos humanos de la Tierra, podrían barrer el polvo meteórico que se acumula en el espejo del telescopio, remendar una media docena de grietas causadas por trozos desusadamente grandes de «basura» cósmica y sustituir con la propia electrónica inanimada lo que fuera que los constructores hubieran empleado. Los primitivos habitantes ya se habrían destacado hasta convertirse en incomprensibles y ennegrecidos restos, pero el telescopio podría seguir utilizándose.

—¡Es increíble!

No había querido hablar en voz alta, y ni siquiera se había dado cuenta de que en realidad lo hizo, hasta que una voz cáustica detrás de él respondió:

—Sí, así es. Pero, ¡por favor!, a mí también me gustaría echar un vistazo.

Se apresuró a hacerse a un lado, dejando libre el puesto de observación mientras murmuraba excusas, cuando vio,

aliviado, que su interlocutora no era otra que la regordeta, llana y simpática Karen Vlady, la ingeniera civil del grupo.

Fue a ella a la primera a quien habló directamente. Recordó lo terriblemente asustado que estaba el día de su llegada al Centro de Enseñanza de Sigma Draconis, en Canberra, Australia. Todavía no podía creer que el famoso Igor Andrevski, el jefe de arqueología de este planeta, lo hubiera citado a él mismo en persona, o que él hubiera aceptado venir, haciendo gala de una audacia que no creyó tener.

Sin embargo, debí haberme dado cuenta de que no había nada por lo que tuviera que preocuparme, ¿verdad? La posibilidad de estar tanto tiempo encerrado en la nave espacial parecía ser terrible, y sin embargo, no lo fue en absoluto, y hasta diría que me gustó... por lo menos, casi todo. Por otra parte, mi estadía aquí puede llegar a ser mejor que si me hubiera quedado en la Tierra: seré una de las treinta personas a las cuales cualquiera se sentiría orgulloso de llamar su amigo, en compañía de brillantes expertos cuidadosamente seleccionados, entre los cuales espero sentirme maravillosamente bien. En la Tierra, en una ciudad o incluso en una Universidad se hallarían perdidos entre miles de otros que podrían resultar aburridos, molestos o hasta desagradables.

Era un hombre a quien le gustaba la soledad, pero si tenía que vivir en proximidad con otros, esta clase de compañía era exactamente la que él hubiera seleccionado. La idea había comenzado a corroborarse en el momento en que se encontró con Karen por primera vez.

Ella lo había oído musitar su nombre al presentarse en la oficina de recepción, y se le acercó para decirle con su característica franqueza:

—¿Así que usted es Ian Macauley? ¿Qué sensación se siente al vivir dentro de su cabeza?

Sorprendido por la pregunta, él contestó:

—¡Oh...! ¡Imagínese una casa embrujada!

Algo que a veces se había confesado íntimamente, pero nunca frente a alguien a quien veía por primera vez.

Otros colegas que escucharon su respuesta, la tomaron por una broma. Y la primera impresión que causó en los demás fue la de un hombre con un seco sentido del humor. Pero Karen no dejó de considerar el más importante de los hechos: la apreciación era literal. Ian se sintió contento.

Y ahora había llegado hasta aquí, a unos casi diecinueve años luz del sistema solar, para participar en una colosal adivinanza que había desafiado a los mejores pensadores de la Tierra durante casi una década.

¡Lo que asemeja la situación a una loca paradoja es que sepamos tanto de ellos, pero que esto sirva de tan poco! Sabemos, más o menos, cuál era su aspecto: los cuerpos similares a dos caparazones de cangrejos idénticos, uno sobre el otro; cuatro miembros cortos para caminar, dos miembros prensiles para tomar las cosas, todos ellos terminados en uñas tubulares, dentro de las cuales corren nervios, y compuestas por una versión modificada del tejido de su caparazón coriáceo, tal como sucede con las uñas humanas. Sabemos, o creemos saber, que poseían un sentido que nosotros no tenemos, pero que muchos peces comparten: el de percibir los campos electromagnéticos. Consideramos que muchos cristales que hemos hallado, aún impregnados de tales campos, tal como nuestras cintas magnéticas, son el equivalente de las inscripciones. Ésta es la razón por la cual estoy aquí. A diferencia de nosotros, parece que no podían distinguir los sonidos, excepto tal vez los más intensos y estridentes. Sabemos que poseían una muy desarrollada capacidad científica, lo que quiere decir que gozaban de una amplia cultura, hecho que se pone de manifiesto en sus grandes ciudades, pero... ¿por qué hay tan pocas? Ciertos hechos sugieren que poseían una religión, o varias. Es muy probable, por todo lo hallado, que existieran los equivalentes a nuestra poesía y música, expresados en términos de campos eléctricos infinitamente sutiles. ¿Cómo

habrá sido el vivir en un mundo sin sonidos, pero donde todo el ser resonaba con los flujos y latidos del planeta y de todas las criaturas que lo habitaban?

Cerró las manos, sintiendo que las uñas se le clavaban en las palmas.

¿Cómo comprender la falta total de entidad humana en aquellos que construyeron ese telescopio? Porque si no llevo a captarlo, tanto mi visita como todas las agonías de la duda que rodearon mi aceptación de la invitación, se habrán malgastado, así como tres o cinco años de mi vida. ¡Cuánto me angustiaría tener que volver a la Tierra dejando el misterio sin resolver! ¡Realmente compadezco a aquellos que tendrán que enfrentar tal situación dentro de treinta días! ¡Lo único que sería peor que eso es que el misterio se hubiera aclarado en los últimos dos años!

Había tres puestos de observación en la cabina de control de la *Stellaris*. Durante la mayor parte de cada viaje eran inútiles. En el espacio-qua no había propagación de energía en forma tal que el ojo humano pudiera captarla. Los que lo diseñaron tuvieron que trabajar mucho para compensar el esfuerzo agregado que se ejercería sobre el casco; las vigas y puntales que hubo de incluirse elevaron la masa básica de la nave espacial en más de un cuatro por ciento... pero éste era un precio justo por el privilegio de observar, en el comienzo y fin de cada viaje, el universo entero con los propios ojos, en vez de depender exclusivamente de la TV.

De todos modos, ésta era la opinión de su comandante, el coronel Rudolf Weil.

La tripulación de la *Stellaris* constaba de tres personas, quienes también estaban de más, como los puestos de observación, durante casi todo el viaje. Ningún ser humano podría tratar de igualar los reflejos en nanosegundos que eran imprescindibles para lograr un viaje a distancias interestelares. Para empezar, se necesitaban maquinarias capaces de asegurar que cuando fuera necesario disipar la feno-

menal energía adquirida al lograrse las velocidades hiperfónicas, no existiera en la vía de emergencia de la nave, nada que fuera mayor a una mota de polvo. Aún así, y no importa cuál fuera el ángulo de salida que se eligiera, siempre se encontraban manifestaciones energéticas solares o se producían perturbaciones menores en las órbitas de los asteroides o cometas locales.

A veces había mencionado a algunos amigos cercanos un sueño que lo perturbaba, y que se refería a la desaparición de los draconianos: la posibilidad de que hubieran sido menos afortunados que los hombres en sus experiencias con tales enormes aceleraciones. Sabía, intelectualmente, que si la razón para la extinción de los alienígenas hubiera sido algún inesperado efecto colateral del hecho de navegar con una nave espacial a una velocidad mayor a la de la luz, como podría ser, por ejemplo, una pérdida de la estabilización del sol, ya se habrían hallado signos de él consistentes en modificaciones de las rocas lunares tan claros como los que podían producirse en las emulsiones fotográficas. Y tales evidencias no se hallaron; casi no existían indicios. Sin embargo, el sueño volvía a presentarse una y otra vez.

Desde el comienzo, los seres humanos tomaron muchas precauciones con respecto al espacio-qua. No era simplemente el hecho de que se introdujeran en un modo de existencia que todas las teorías clásicas consideraban como prohibido. Las teorías podían modificarse, como realmente lo fueron, el día en que una carga pequeña, de cinco toneladas de instrumentos, llegó a la Luna una fracción detectable de segundo antes de la señal de la Tierra que indicaba que se la había lanzado desde su órbita.

Más importante, sin lugar a dudas, era que había resultado tan tremendamente caro construir la nave interestelar. El planeta Tierra poseía exactamente esa única nave y era necesario exprimir al máximo los recursos de la humanidad para enviarla a hacer el viaje de ida y vuelta, cada dos años,

a través de una distancia que, para las magnitudes planetarias, era muy pero muy pequeña.

Tal vez esto fue lo que trajo tales problemas entre los alienígenas, pero les afectó antes. Recuerdo que Valentín Rorschach preguntó por qué sería que se había hallado solamente un exponente de tantas cosas: una nave oceánica estropeada y hundida, una gran máquina voladora, uno y solamente uno de muchos miles de tipos de artefactos... Pero por supuesto, casi toda su civilización yace enterrada bajo los sedimentos y bajo la tierra y las avalanchas, de modo que si no hubiera sido por el telescopio jamás hubiéramos sospechado su existencia.

Observando a los pasajeros, mientras formaban fila para pasar por turno a mirar desde los puestos de observación, sintió que temblaba recordando su emoción al ver por primera vez la brillante escena. Entonces era sólo capitán, sin que tal cosa importara demasiado cuando se trataba de hacer algo que nadie había logrado antes. En aquellos días la *Stellaris* se hallaba al mando del contraalmirante Boris Ivanov, pero éste pasó a retiro debido a que las válvulas de su corazón producían ya un soplo demasiado intenso. Algunos sugirieron que la nave espacial se manejara en forma totalmente automática, y en realidad no había razones teóricas para que las maniobras de despegue y aterrizaje se realizaran sin la operación manual. Pero seguía siendo cierto el hecho de que ninguna máquina podía solucionar los problemas de los pasajeros, sin considerar que la gente que se hallaba a bordo podía rechazar la idea de ser lanzados de estrella en estrella como si fueran pesos muertos. Por lo tanto, se mantuvo una tripulación a cargo de la nave.

¿Cómo me considerarán realmente estos pasajeros? ¿Como a un conductor, como a Caronte que los lleva en su último viaje? Ya se han producido dos muertes en este planeta extraño. Tal vez nos enteremos ahora de alguna otra.

Sabía que para él no habría otro Gran Salto, una vez que la nave hubiera vuelto. Las radiaciones del espacio lo

habían tornado prematuramente viejo: su cara redonda estaba surcada de arrugas como una manzana encogida, y su pelo ya tenía más hebras blancas que marrones. Si la *Stellaris* regresara, aunque fuera para evacuar a la gente, ya no sería más su comandante.

Ese cargo debería pasar a manos de la capitana Irene Bakongu, la mayor y de más experiencia de la tripulación.

Tal cual como las cosas se plantean en la Tierra, sin embargo, es probable que nada de esto cuente. Es una pena, porque si las cosas se van a hacer, lo que no es nada seguro, habría que hacerlas bien.

Y puesto que Irene era mujer y negra, la elección recaería sobre el teniente Gyorgy Somogyi.

Que tiene menos antecedentes y es mucho más lento para reaccionar. Dentro de las posibles explicaciones para la desaparición de los draconianos, una de las favorecidas, según me explicaron, es la idea de que se debió a alguna imperfección fundamental en su naturaleza. Pienso que también a nosotros podría llegarnos a vencer algún prejuicio estúpido e irracional. A propósito...

Se dio cuenta entonces de que solamente nueve de los diez pasajeros se hallaban presentes, y antes de poder contenerse había preguntado en alta voz, volviéndose hacia Irene:

—¿Qué pasó con el general?

Dicho lo cual notó que varios de los presentes se encogían de hombros, mientras se producía un helado silencio, roto tan sólo por una voz raspante que venía desde la puerta de la cabina de control.

—¿Habla usted de mí... coronel?

2

Como no quería perturbar a nadie que deseara dar una mirada al telescopio, tal vez la última, se había apartado del puesto de observación, evitando cuidadosamente las tres butacas de control y los cuerpos agrupados de los compañeros, y permanecía parado cerca de la puerta. Ahora, se apartó aun más: dentro de sí mismo.

Realmente es lamentable que lo que más me una con estas personas, relativamente extrañas para mí, no sean los intereses comunes, sino la antipatía, y en esto incluyo también a la tripulación. ¡A todos nos parece detestable este individuo!

Pero de todas maneras trató de cumplir con el aspecto formal, saludando con cortesía cuando el recién llegado se abrió paso arrogantemente. Era el general José María Ordóñez-Vico, pequeño, prolijo y vivaracho, con un delgado bigote negro; un solterón de cuarenta y ocho años de edad. El general era la única persona que no usaba a bordo de la *Stellaris* las simples y prácticas prendas tradicionalmente útiles para los viajes espaciales: un amplio blusón con cierre a cremallera y grandes bolsillos, confortables pantalones holgados y sandalias elásticas con las cuales se podían resistir las posibles aceleraciones de emergencia. En cambio, Ordóñez-Vico llevaba su uniforme completo, con sus distintivos de rango, sus cintas, medallas y charreteras. Cuando Karen le confió a lan el rumor que circulaba, acerca de que el general había sido disuadido con mucha dificultad de su empeño en traer la espada de ceremonia, éste simplemente sonrió, pensando que toda la historia no

era nada más que una graciosa invención. Ahora, luego de haber compartido la nave durante treinta días, se hallaba dispuesto a pensar que todo era verdad.

Paradójicamente, sin embargo, si no se le hubiera permitido a ese hombrecillo que desplazara a otro pasajero más valioso, la *Stellaris* no hubiera sido enviada a su actual misión... y las treinta personas que actualmente se hallaban en Sigma Draconis III podrían haber quedado abandonadas en su lucha. Sin duda, desaparecerían completamente, como los nativos del planeta.

Bueno, creemos que hay treinta personas aquí. Pero tal vez ahora, sean menos... Este mal podría llegar a tener sus ventajas. Diez miembros de la base, presumiblemente, se han preparado para ser reemplazados y regresar a sus casas. En realidad, sólo habrá espacio para nueve... a menos que ordene la clausura de la base y que en su último viaje, la Stellaris lleve un pasaje desusado: cuarenta y tres personas. Dejando todo atrás menos la comida, el agua y el aire.

La razón de la presencia de Ordoñez-Vico era, de acuerdo a lo que pensaba Ian, típica de una imperfección de la naturaleza humana similar a la que actualmente se sospechaba había traicionado a la especie que, hacía ya tanto tiempo, viajó desde Sigma Draconis III hasta la luna local... y aparentemente, nunca pasó de allí.

Este hombrecito era el comandante en jefe del Servicio de Inteligencia boliviano.

Desde el primer momento en que se descubrió que era posible viajar a distancias interestelares, fue obvio que solamente las riquezas de las naciones con mayores recursos iban a ser capaces de financiar este salto a mayor velocidad que la luz. Cuando se construyeron los primeros transatlánticos, tuvo que ser gracias a los esfuerzos de los países que entonces poseían mayores riquezas; los comienzos de las operaciones con vías aéreas fueron también inicialmente el privilegio de unos pocos afortunados... y la fabricación de los aeroplanos para proveer dichas vías fue exclu-

sivamente también, durante décadas, lograda por una nación. Esta nación fue también la única que pudo poner a disposición de los astronautas las computadoras y los aparatos de precisión que, permitiendo alcanzar un 99,99 por ciento de confiabilidad, dejaban sólo un margen de aproximadamente quince mil posibles fallas; así como de preparar docenas de personas como personal de reserva, a un costo enorme, a fin de que en un día cuidadosamente elegido, por lo menos una de esas tripulaciones pudiera poner pie en la Luna por primera vez.

Tal vez una sola nación podría, con dificultad, fabricar y lanzar al espacio una pequeña nave interestelar, que llevara cuatro personas con un mínimo de equipo. También podría haber sido logrado por una unión como la Europa Común o por el miembro principal de una flexible alianza económica, como Japón.

Pero hacer eso hubiera sido muy, pero muy mal visto. Con toda desesperación, los ciudadanos de los países menos afortunados se opusieron durante largo tiempo a que la pirámide de logros gloriosos se levantara sobre una base de sacrificios. El ojo agudísimo del satélite artificial, de miles de millones de dólares de costo, podía reflejar la visión del cuerpo del minero que había excavado toda su vida para ganar salarios de hambre, y que en tal menester había muerto.

Sin embargo, la situación había mejorado considerablemente desde la última recesión mundial. Se daba el clima adecuado para un gesto importante. Entonces la idea brilló, radiante como la primera aurora después del largo invierno ártico:

¿Por qué no formar un Fondo de Vuelos Interestelares, dependiente de las Naciones Unidas, al cual cada país contribuiría en forma proporcional a sus posibilidades?

Se aprobó finalmente la propuesta, los diseñadores del proyecto dieron un gran suspiro de alivio, y dejaron de preocuparse por la posible necesidad de acortar los gastos

en forma drástica. Los fondos así votados fueron suficientes para financiar la construcción de una nave con una tripulación de tres personas, y de más de cien toneladas de masa no permanente, palabra que designaba, en la jerga tecnológica, la carga y/o los pasajeros, con los medios necesarios para su mantenimiento.

Tres años de pruebas y de trabajo llevaron a tres años de expediciones sin resultados, que agregaron muchos conocimientos abstractos, pero nada a las soluciones necesarias para los problemas que planteaba la rápida extinción de una Tierra poblada en exceso.

Los costos aumentaron. Cada viaje planteaba la posibilidad de mayores refinamientos y perfecciones. Cada uno producía daños menores en la nave, así que era fácil pensar que ya que había que hacer arreglos, bien se podía agregar algún detalle más perfecto en vez de componer simplemente lo roto... y cada vez los refinamientos se hacían más y más costosos, exigían técnicas más sutiles y disminuían las reservas del Fondo Interestelar.

La gente comenzó a preguntarse «¿Para qué?». Y no había respuestas valederas. Hasta que el último gran esfuerzo, el viaje a una estrella más distante que las previamente halladas, pero también más similar al sol de la Tierra que sus predecesoras, reveló el hecho terrible, simbolizado por el increíble telescopio.

Había existido una importante civilización en Sigma Draconis, que también fue capaz de viajar al espacio.

Y ya no existía. Se había hundido. Había desaparecido.

De allí surgió entonces el tremendo, obsesionante interrogante: *¿Podrá sucedemos también a nosotros?*

La reacción inmediata que esa noticia produjo fue previsible: se obtuvo una contribución especial del Fondo Interestelar. Diez expertos cuidadosamente seleccionados, junto con un equipo altamente perfeccionado, capaz de mantenerlos con vida y de permitirles continuar con las investigaciones, fueron enviados al misterioso planeta.